

¿qué obispo desterró? ¿en qué juicio eclesiástico se metió? ¿qué ministro envió para violentar á alguno á suscribir? Nada hizo que pueda dar sustento á Valente para fingir que se le trató con violencia. Dejad, pues, Señor, dejad, os ruego, tan irregular procedimiento: acordaos que sois mortal; temed el día del juicio: no os metais en asuntos eclesiásticos, ni pretendais en ellos mandarnos, sino aprender de nosotros. Dios os dió á vos el imperio, y á nosotros •nos confió la Iglesia. Y de igual modo que el que intentase usurpar vuestro imperio, contravendría al órden de Dios: así temed igualmente que si os arrogais lo que es de la Iglesia, os hareis reo de un gran crimen. Escrito está: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Ni á nosotros nos es lícito dominar sobre la tierra, ni vos, ¡oh, Emperador! teneis poder para sacrificar y regir las cosas sagradas.

«El cuidado de vuestra salvacion me mueve á escribiros estas cosas, y en cuanto á lo que me decís en vuestras cartas, ved cual es mi determinacion. Yo no trato ni convengo con los arrianos, pues condeno con anatema su heregía: yo no suscribo acusacion, ni sentencia contra Atanasio, á quien la Iglesia de Roma, todo el concilio, y yo tambien, hemos declarado inocente. Vos mismo bien informado de todas estas cosas, llamasteis á Atanasio, y le facilitasteis volver con honor á su patria y á su Iglesia. Pues, ¿qué causa puede haber para tanta mudanza? Sus enemigos son los mismos que antes: lo que ahora dicen entre diéntes, no se atrevieron á sostenerlo en su presencia: ya lo decian antes que él viniese; y cuando yo los llamé, seguramente no tenian prueba alguna, pues á tenerla no se hubieran retirado tan vergonzosamente. ¿Quién, pues, ha podido haceros olvidar de vuestras cartas y de vuestras palabras? Conteneos, pues, Señor, no deis oidos á gente tan mala; no querais ser reo delante de Dios por tenerlos gratos. En el tremendo juicio, vos solo habeis de dar razon de lo que ahora haceis para complacerlos á ellos. Ellos se valen de vos para atropellar á su enemigo: ellos os hacen á vos ministro de su malicia, para sembrar en la Iglesia su heregía detestable. No es de hombre prudente el meterse en un evidente peligro, solo para satisfacer los desenfrenados deseos de otros. Abandonadlos, pues, y creedme á mi, ¡oh, Constancio! justo es que yo os dé estos consejos, y que vos no los desprecieis.»

»Este documento, digno como deciamos antes, de ser conservado, encierra una enseñanza para los prelados que debiendo sumision á los poderes de la tierra, deben ser firmes para defender los derechos de Dios y de la Iglesia, sin ceder en esto un punto por temor á las persecuciones y aun á la muerte misma. De este modo, dando á Dios lo que es de Dios y al César lo que pertenece al César, llenan sobre la tierra la altísima mision que del cielo les ha sido confiada.

»Afortunadamente vemos en todos los siglos y en las mas calamitosas épocas innumerables ejemplos de esta firmeza, que ha servido de modelo á los fieles para no caer en vergonzosas apostasias.»

Resumiendo los hechos peculiares de San Liberio, diremos que el pontífice que llevado de su amor á la paz, habia ordenado que durante la Cuaresma no se exijiesen á los deudores sus deudas, á fin de evitar litigios en aquel tiempo consagrado al ayuno y á la meditacion, no por eso se mostró menos atento á cumplir todos sus demás deberes. Sin temor á los resultados que pudiese acarrearle su conducta, dirigió una carta á los obispos desterrados por Constancio, animándolos á perseverar en la buena senda y confortándolos con cariñosas palabras, segun se ha dicho ya en otro lugar. El emperador, sin comprender, pues de ello era incapaz, la grandeza de ánimo del vicario de Cristo, quiso comprarle con dádivas y presentes y despues trató de intimidarlo con amenazas, que llegaron á vias de hecho, pues al ver que no conseguía su objeto, que consistia en que el papa, como autoridad suprema, sancionase todas las arbitrariedades é ilegalidades cometidas, dió órden á Leoncio prefecto de Roma, para que se apoderase de aquel. Hízose así y enviado el pontífice al emperador, sostuvo valerosamente la fé verdadera y la causa de San Atanasio y de los obispos verdaderamente católicos; y entonces el impío emperador le mandó desterrado á Berea en la Tracia. Sin embargo de esta conducta y de la entereza que demostró rechazando los dones que la emperatriz y el eunuco Eusebio le ofrecian para el viaje, San Liberio ha sido falsamente acusado de haber suscrito la fórmula arriana dictada en el concilio de Sirmio, y de igual cargo ha sido objeto el gran Osio nuestro compatriota. Respecto á este último punto, veamos como se expresa un historiador eclesiástico español.

Dice así el señor Amat: «Como si no fuese bastante para un centenario el estar desterrado de su casa, Constancio atropellaba á Osio con injurias y amenazas, y le trataba con tanta violencia y tal rigor, que en fin la flaqueza del cuerpo le hizo caer de ánimo. Cedió en algo y por algun tiempo condescendió en comunicar con Usarcio y Valente; pero con todo se mantuvo constante en defender á San Atanasio, y no quiso jamás suscribir su condenacion, que era entonces como la divisa que distinguía á los arrianos de los católicos. Así lo refiere el mismo San Atanasio. Otros añaden que Osio suscribió también la expresada fórmula de Sirmio. Pero como los arrianos y donatistas fueron tan hábiles calumniadores, no es de admirar que abultasen la condescendencia de Osio en comunicar con ellos, é hiciesen correr que había admitido el arrianismo, y condenado á San Atanasio. Lo cierto es que este santo, que no calló la suscripcion de Liberio, no dice que suscribiese: al paso que refiere su caída ó condescendencia en comunicar con los herejes. Al contrario expresamente advierte que no quiso suscribir su condenacion; y claro está que si Osio hubiese llegado á suscribir una fórmula tan blasfema, no hubiese tenido reparo en apartarse de la comunión de San Atanasio, y darle por depuesto. Añade el Santo, que Osio no reputó por cosa leve su condescendencia; pues estando para morir hizo como un testamento, en que protestó contra la violencia que se le había hecho. A la verdad, en los difíciles tiempos de una persecucion tan cruel, pudo parecer á muchos que el peligro de perder la vida, y el temor de ocasionar mayores estragos en las iglesias, cohonestaban el comunicar con Usarcio y Valente, tan protegidos del Emperador: al modo que San Basilio, cuando el mismo emperador declarado perseguidor de los católicos, se acercó al altar mientras el Santo celebraba el sacrificio, creyó no deber retirarse y poder admitir sus ofrendas. Sin embargo, la delicada conciencia del grande Osio, y la generosidad de ánimo con que hasta entonces había resistido á las empresas de los arrianos le hizo mirar con horror una culpa que tanto aligeraban las circunstancias tristes de aquellos tiempos, y las particulares de su edad y situacion.

»Dos años había que el papa Liberio estaba en su destierro, y cada día se le trataba con mas rigor, hasta quitarle un diácono

que tenía en su compañía. Fortunaciano, obispo de Aquilea, fué el primero que le instó para que complaciese al emperador, y en fin suscribió la primera profesion de la fé de Sirmio compuesta contra Fotino, la cual, aunque en lo demas fuese tolerable, omitía la voz *consustancial*: renunció á la comunión de San Atanasio, y abrazó la de los orientales, esto es, la de los arrianos. Así nos lo aseguran testigos muy autorizados, y añaden que despues escribió al Emperador, á los obispos del Oriente, y á Vicente de Capua, para restituirse á su iglesia. Tardó en lograrlo, y entró en Roma el 2 de agosto del año 358. La entrada pareció de triunfo: el pueblo corría con júbilo á su encuentro. El antipapa Felix fué echado de la ciudad, y aunque el emperador quería sostenerle, y que quedase con Liberio, no quiso el pueblo mas que á este; y el Emperador se vió precisado á pesar suyo á abandonar á Felix. Supuesta la afrentosa caída de Liberio, es inconcebible como pudo ser tan bien recibido. El clero y el pueblo de Roma estaban adictísimos á la fé del concilio Niceno y á San Atanasio, y tan opuestos á los arrianos, que no podían sufrir á Felix, solo porque comunicaba con ellos. Pues ¿como pudieron admitir á Liberio, si disimuló la fé de la consustancialidad, si condenó á San Atanasio, si comunicó con los arrianos? ¿Como pudo su entrada ser de triunfo, ó de vencedor, como dice San Jerónimo, si entró solo por haberse rendido á sus contrarios? Estas reflexiones y la conocida intrepidez de los arrianos para fingir especies favorables á su partido, y cartas y documentos para probarlos, forman una prudente razon de la caída de Liberio, á pesar de los muchos antiguos testimonios que la aseguran.»

Hasta aquí el señor Amat. Véase ahora como se explica en la que respecto al papa Liberio, el historiador de los Sumos Pontífices, Artaud de Montor. «Mientras el Pontífice se encontraba desterrado, celebróse un concilio en Sirmio, ciudad de la Baja Hungria, con la intervencion de trescientos obispos, á fin de condenar á Fotino, obispo de aquella ciudad, el cual como su maestro Pablo de Samosata, sostenia que Jesucristo no era Dios, sino un hombre nacido de dos personas del uno y del otro sexo. En dicho concilio los arrianos redactaron una fórmula de fé, y segun algunos autores, vencido Liberio por sus infortunios y miserias que habían durado

dos años é intimidado por amenazas de muerte, consintió en la condenacion de Atanasio y en entrar en comunicacion con los arrianos. Novaes cita con cierto pesar las palabras de Baronio, acerca de esta *caída*: «No puede darse historia mas verdadera;» Navidad Alejandro y Tillemon, opinaban del mismo modo, pero Novaes, que añade quedar demostrada la falsedad del aserto por muchos críticos modernos, hace mérito de la disertacion crítica sobre el papa Liberio, debida al abate Corgne; mas los que creen en la posibilidad de la *caída*, se esfuerzan en probar que el Papa no ofendió espresamente á la fé católica, y entre estos ocupa Sanggallo el primer lugar. De todos modos, aun en caso de ser cierta aquella pretendida debilidad, lo cual no puede concederse, el Pontífice la borró despues con su ejemplar conducta en cuanto ha merecido en varios martirologios el título de santo; por otra parte, está fuera de toda duda, que las mas distinguidas matronas romanas pidieron al Emperador el regreso de Liberio, y que Constancio no pudo resistir á sus instancias.»

Añadamos aquí, para desembarazarnos de tan enojosa tarea, algunos detalles acerca de la marcha del arrianismo durante el pontificado de San Liberio, tomándolos de la Historia de la Iglesia, del señor Moreno Cebada.

«Muerto Leoncio obispo arriano de Antioquía, se declaró sucesor suyo á Eudoxio, que era uno de los jefes mas caracterizados de la secta. Era discipulo de Arrio, arriano puro, del partido que llamaron *anomeanos*, esto es, *desemejantes*, porque sostenian que el Hijo no era semejante al Padre. Eudoxio reunió un concilio en el cual se condenaron las palabras *consustancial* y *parecido en sustancia*. Como quiera que Basilio de Amarte celebrase un concilio con motivo de la dedicacion de una iglesia, varios clérigos que habian sido desterrados por Eudoxio, informaron á algunos obispos de todo lo ocurrido en Antioquía, y en aquella asamblea se probó que en Dios hay un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo; que el Hijo único de Dios debe ser semejante al Padre en la sustancia, y que no cabe en El la idea de criatura, ni aun en aquel sentido metafórico en que á veces los hombres se llaman hijos de Dios. Pero si bien establecieron que el Hijo es semejante al Padre en la sustancia, negaban que fuese de la misma sustancia, y ana-

tematizaron la voz *consustancial*. Los defensores de esta doctrina, fueron llamados *semi-arrianos*, entre los cuales y los arrianos hubo muchas veces grandes guerras.

«En Ancira (Galia), los semi-arrianos reunieron un concilio, en el cual condenaron la segunda fórmula de Sirmio, del año anterior, y enseñaron el *semejante en sustancia*.

»En el tercer concilio de Sirmio, contra la costumbre de la Iglesia, se instituyó una nueva fórmula fechada en 22 de Mayo del año 358. Se dió al Emperador Constancio el título de *rey eterno*, que se rehusaba al Hijo de Dios. Se dice que el papa Liberio firmó este formulario. Téngase presente lo que mas arriba hemos dicho acerca de la supuesta caída de Liberio.

»En 350 se celebró otro concilio en Rimini, en Italia, compuesto de cerca de cuatrocientos obispo, habiendo sobre unos ochenta arrianos. Los católicos separados de aquellos, confirmaron la fé de Nicea y condenaron nuevamente á Arrio con todos sus errores. Tambien en 21 de Julio condenaron á Usarcio, Valente, y algunos otros, como herejes. El concilio hubiera podido ya disolverse, pero la orden de enviar diputados al Emperador, hizo que los obispos permaneciesen en Rimini, y una asamblea que empezó muy católica acabó desgraciadamente muy mal. El emperador, sobre el 10 de Octubre, encargó á los diputados católicos que fuesen á Nicea, en Francia, á formar un nuevo formulario arriano, que por último fué enviado á Rimini y recibido por todos los obispos del concilio, que por este hecho dejó de ser católico. Este nuevo formulario de Constancio fué desechado por el papa Liberio y algunos obispos occidentales.

»En el concilio de Seleucia, en el que los orientales se reunieron al mismo tiempo que los occidentales lo hacian en Rimini, se hallaron congregados los semi-arrianos en número de ciento cincuenta, los anomeanos ó arrianos puros en el de cuarenta próximamente, y los católicos, entre los cuales se hallaba San Hilario, en el de quince. El concilio se pasó en cuestiones entre los semi-arrianos, y los anomeanos, que desechaban la frase *parecido en sustancia*, terminando el concilio sin haberse resuelto cosa alguna.

»Los diputados de ambas partes fueron á Constantinopla para encontrar al Emperador; este reunió allí un nuevo concilio á prin-

cipios del año 360 en el cual se hizo firmar la fórmula de Rimini á todos los obispos, añadiendo la prohibicion de servirse de la fórmula *parecido en sustancia*. Desde allí se envió esta fórmula por todo el imperio para que fuese firmada por los obispos ausentes. Esta medida fué causa de grandes tribulaciones y disgustos para la Iglesia, y motivó muchas prevaricaciones. San Hilario, que entonces se hallaba en Constantinopla, pidió una audiencia al Emperador por medio de un escrito, haciéndole ver los absurdos que eran tantas nuevas fórmulas de fé, y se ofreció á probarlo en presencia del concilio. La asamblea rehusó el reto y le hizo volver á Poitiers, acusándole de perturbador del Oriente.

»A pesar del rigor que manifestó el emperador, fueron muchos los obispos que se negaron á firmar el formulario de Rimini.»

Para completar el cuadro, ocupémonos sumariamente de otras heregías del tiempo del pontífice que nos ocupa. El mismo autor, arriba mencionado, dice:

«Aparecen en primera línea los apolinaristas. Era Apolinar obispo de Laodicea, y habia sido considerado como el primer hombre de su tiempo. Su talento superior, su aplicacion, su vida arreglada, le grangearon la amistad de San Atanasio, San Basilio, San Gregorio Nazianceno y otros varones no menos ilustres y reputados que florecian por la misma época, habiendo sido uno de los mas celosos defensores de la consustancialidad del Verbo, pero mas tarde tuvo la desgracia de caer en el error. Consistió su heregía en decir que Jesucristo no tenia entendimiento ó alma humana, sino cuerpo y alma sensitiva como las bestias, y que la divinidad suplía por la mente humana. Creía que siendo el alma humana, el origen del pecado, no debió el Salvador tomarla, y que si hubiera tomado entera la naturaleza humana se hallaria en Cristo dos todos, lo cual no puede unirse. Así pretendía que el cuerpo de Jesucristo habia bajado del cielo, que era de una naturaleza diferente que el nuestro y que se habia disipado despues de la resurreccion. De esto se deducia que Jesucristo habia sido hombre en apariencia mas que en realidad, y algunos de sus discípulos empaados en tan peregrina é impia doctrina, cayeron en el gravísimo error de que el cuerpo de Jesucristo era consubstancial al Verbo. En cuanto al misterio de la Trinidad, tampoco hablaba con mucha

exactitud y se inclinaba al error de los milenarios que esperaban un reino temporal de Jesucristo sobre la tierra.

»De los errores de Apolinar, nació el de los *antidiacomarianitas*, que negaban la virginidad de la Madre de Dios. Fueron estos hereges combatidos victoriosamente por San Epifanio que pulverizó todos sus falsos argumentos. Por el propio tiempo nació otro error enteramente contrario, que consideraba á la Santísima Virgen como una especie de divinidad. Los que seguian este error la ofrecian unas tortas que llamaban *collyrides*, de donde les vino el nombre de *coliridianos*. Casi todas las mujeres se declararon partidarias de esta doctrina y se creian sacerdotisas de este culto. Tambien fué combatido tal error por San Epifanio, el cual demostró que las mujeres no han tenido jamás puesto en el sacerdocio de la religion verdadera, y que si la Santísima Virgen es digna del mayor respeto y veneracion por su calidad de Madre verdadera de Dios verdadero, llena de toda clase de perfecciones, es una pura criatura hija de los Santos Joaquin y Ana y que, por consiguiente, aunque debe ser muy venerada, no debe ser adorada como Dios.

»La heregía de Apolinar fué condenada en el concilio de Alejandría celebrado por San Atanasio en 362, en el cual como dijimos á su tiempo, se expuso lo que debe creerse cerca de los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion. El papa San Dámaso condenó tambien (posteriormente) el error y depuso á Apolinar. San Gregorio Nazianceno y San Ambrosio escribieron sobre el mismo asunto, combatiendo enérgicamente la nueva doctrina, que se oponia á la de la Iglesia Universal.

»El primero de ellos se expresa de la manera siguiente en sus cartas á Cleodonio:

«Nadie se engañe, dice, creyendo que un hombre sin entendimiento puede ser nuestro Señor y nuestro Dios. No separemos al hombre de la divinidad. El mismo que es Dios é Hijo Unico de Dios, por nuestra salud ha tomado tambien la humanidad, á fin de que el hombre entero caido en el pecado pueda ser reparado por el Señor, que es hombre entero y Dios. Si alguno no cree á Maria madre de Dios, separado está de Dios. Si alguno dice que el Señor pasó por la Virgen como por un canal, y que no fué formado en ella de un modo divino y humano, divino en cuanto fué

sin concurso de varon, y humano en cuanto se observaron las leyes de preñez, es tambien impío. Si alguno dice que primero se formó el hombre, y despues entró Dios en él, es digno de ser condenado. Si alguno introduce dos Hijos, uno de Dios Padre y otro de la Virgen Madre, perderá la adopcion de los fieles. Porque solo hay dos naturalezas, de Dios y de hombre; pero no hay dos Hijos, ni dos hombres, ni dos Dioses. Y para decirlo en una palabra, el Salvador es compuesto de dos cosas ó naturalezas diferentes, pero no de dos personas; pues las dos naturalezas ó dos cosas, están unidas en una persona. Aquí sucede lo contrario que en la Trinidad, en la cual hay *otro y otro*, esto es, otra y otra persona ó hipótesis; pero no hay *otra cosa y otra cosa*, pues las tres personas son una misma cosa por la divinidad.

»Si alguno dice que Jesucristo no está unido en Dios por su sustancia, sino por gracia: si alguno dice que Jesucristo despues del bautismo fué elevado á la dignidad de Hijo: que ha dejado el cuerpo, ó que el cuerpo ó la carne bajó del cielo, sea anatematizado.» Vuelve despues el Santo contra el error capital de los apolinaristas, y dice: «Si alguno pone su esperanza en un hombre sin entendimiento, es indigno de ser salvado; pues Dios no salva sino lo que tomó. Si dicen que Jesucristo tomó cuerpo sin alma, se unen con los arrianos, que para atribuir la pasion á la misma divinidad, dicen que esta sola era el principio de los movimientos de su cuerpo. Si dicen que tomó el alma, pero sin entendimiento, ¿como es hombre? El hombre no es un animal sin entendimiento. Será la figura y habitacion de un hombre con el alma de caballo, buey ú otra bestia. Y por lo mismo las bestias serán redimidas y salvadas, y no los hombres.»

»Macedonio, que habia sido arriano, llegó á constituirse jefe de una nueva secta. Se asegura que llegó á sostener la doctrina de la consubstancialidad; pero llegó á negar la divinidad del Espíritu Santo, enseñando que era una criatura semejante á los ángeles, aunque de un orden mas elevado.

»De Fotino, otro de los hereges del siglo IV, tambien hemos dicho alguna cosa, pero ampliaremos lo que es espuesto. Fué originario de la Galia y discipulo de Marcelo, obispo de Ancira. Llegó á ocupar la silla de Sirmio, capital de Iliria. Primero se dejó notar

por sus malas costumbres, y mas tarde por su doctrina. Negaba que Jesucristo fuese verdadero Dios, y al mismo tiempo negaba la distincion de las personas divinas. En un concilio celebrado en Antioquia fué condenado el error de Fotino, y lo mismo hicieron los de Occidente en otro concilio. Fotino fué confundido en una disputa que sostuvo con Basilio de Antioquia, siendo despues destruido, y llegó á reunir un cortísimo número de sectarios.»

Aunque sea alterando, para adelantarlo, el orden cronológico, haranse aquí, ya habiendo entrado en materia, algunas indicaciones respecto á otras heregias que durante el mismo siglo se propagaron, sin perjuicio de hacer las referencias oportunas luego, en el sitio correspondiente, y dejando para despues el tratar de la más importante de Pelagio. Respecto á aquellas, dice así el propio autor ya repetidamente citado:

«Nos encontramos ahora con Helvidio y Joviniano. El primero esparció su horrenda blasfemia, que consistía en afirmar que la Santísima Virgen, despues de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, tuvo otros dos hijos, habidos carnalmente de San José. No tuvo sectarios.

«Joviniano, fué uno de los primeros enemigos de la gracia y máximas de la Iglesia. Habia practicado las austeridades de la vida religiosa en un monasterio de Milan, siendo la edificacion de sus compañeros por sus grandes virtudes; ayunaba á pan y agua, trabajaba de manos y vestia un hábito muy pobre. Despues pasó á Roma y allí empezó á vivir con mas regalo y á publicar sus errores. Consistian estos en afirmar que el ayuno y la abstinencia eran obras ni buenas ni malas; que los que han sido regenerados por el bautismo no pueden nunca ser vencidos por el demonio; que las vírgenes, por serlo, no tienen mas mérito que las casadas y las viudas, y por último que la Madre de Nuestro Señor no permaneció virgen despues de su alumbramiento; y añadia otros errores, entre ellos los de los estoicos sobre la igualdad de los pecados.

»El papa San Siricio (de quien á su tiempo se hablará), tuvo conocimiento de los errores de Joviniano por Pamaquio y algunos otros seglares ilustres. Inmediatamente reunió un concilio en el cual hizo examinar aquella doctrina, y habiendola hallado contraria á la de la Iglesia, condenó á Joviniano con ocho compañeros